

Editorial

En ningún lugar como en los archivos de arquitectura se puede constatar con tanta claridad el valor ritual que mantienen los objetos de representación de la disciplina; el culto al original y a la autenticidad están en la naturaleza misma del archivo. Sostener con nuestras propias manos los objetos que fueron producidos para diseñar los edificios afamados o aquéllos que pertenecieron a personajes fundamentales de la arquitectura genera una sensación electrificante. Esta sensación se puede convertir en adicción y obsesión: la famosa fiebre de archivo que muchos hemos padecido. Cuando esto se complementa con algún hallazgo crucial, que puede cambiar la historia, la experiencia es muy cercana a la euforia.

Ya que en el transcurso de los años es inminente la desaparición o modificación de las construcciones, es principalmente desde los archivos donde surgen y se desarrollan las historias. Éstas siempre estarán basadas exclusivamente en fuentes secundarias: dibujos, textos, cartas, contratos, fotografías y un largo etcétera.

La primera característica que viene a nuestra mente cuando hablamos de archivos es la permanencia; sin embargo, quizá por su naturaleza misma, se perciben también como lo más efímero y frágil que pueda existir. Todos conocemos –al menos en Latinoamérica– la historia de un archivo maravilloso de alguna talentosa figura, el cual se dañó y perdió irremediablemente en una inundación. Algunos archivos viajaron a otros países, lejos de quienes quisieran consultarlos. Incluso hay archivos que misteriosamente desaparecieron; también, sucesos que sorprendentemente dejaron pocos rastros en los archivos, como la experiencia del autogobierno en la Escuela de Arquitectura de la UNAM. A pesar de ello, existen evidencias no convencionales que podemos sumar para construir las historias: a veces, además de los edificios, son necesarios otros materiales para explicar cabalmente la arquitectura.

Las evidencias no canónicas ponen en crisis los objetos venerados en los archivos tradicionales de arquitectura.

Giedión se lamentaba a mitad del siglo xx de que se destruyeran los catálogos comerciales del pasado inmediato, en lugar de conservarlos y archivarlos; para él, estos serían los futuros materiales de archivo, especialmente aquellos registros que expresaban de una forma inconsciente la producción anónima. Estudiar la arquitectura a través de los archivos también permite ver obras que de otra forma serían invisibles: los edificios que ya no existen, las instalaciones efímeras, las escenografías, los proyectos no realizados, los pleitos legales, los contratos de obra, los proyectos editoriales, las relaciones personales, etcétera. La ausencia o la pérdida de ciertos materiales de archivo afectan la manera en la que entendemos la historia de la arquitectura.

Los archivos son máquinas de producción de conocimiento. Independientemente del enfoque desde el cual se aborden, sus materiales son recursos esenciales e indispensables para el análisis de la arquitectura y la ciudad. La mejor combinación para el aprendizaje académico y la contribución cultural se logra cuando los archivos de arquitectura trabajan en colaboración con museos e instituciones educativas. Esto permite combinar las distintas formas de estudio: las prácticas curatoriales, las publicaciones, la historia de la arquitectura y la educación arquitectónica.

Superficialmente creemos que la información que contiene un archivo es inamovible y que su función es pasiva; sin embargo, sus materiales abren lecturas provisionales parciales y fragmentarias desde múltiples enfoques. En el mejor de los casos, éstas expanden la información en lugar de sintetizar a los personajes, las épocas o los edificios. Los trabajos recientes en los archivos de arquitectura, por ejemplo, destacan las partes de las colecciones en apariencia menos importantes; de

esta manera se pone de manifiesto una forma de investigación en curso completamente distinta a la tradicional, a ésa que pretende abarcar la explicación del todo desde lo más relevante.

El archivo es mucho más que un depósito de objetos físicos relacionados entre sí. No es un repositorio pasivo de la memoria: informa y regula. Es un instrumento crucial para la arquitectura y promueve su estudio, pero a pesar de su supuesta neutralidad, detrás de cada decisión dentro del archivo existen estructuras de poder y sistemas de control. Quizá así se pueda explicar el recelo con que algunos limitan el acceso a ellos en lugar de permitirlo a cualquier interesado; o lo común que es que algunos investigadores guarden las colecciones celosamente para el exclusivo uso personal.

Dentro de los archivos, los significados de los objetos se articulan mediante la yuxtaposición con otros objetos de la colección y por la lógica detrás de su selección. Cada archivo decide cuál será su enfoque; por ejemplo, si decide incluir colecciones completas y diversos artefactos relacionados con la producción arquitectónica, puede significar que se defiende la complejidad de la arquitectura, se promueve su apertura para la investigación de la cultura en general y se fomenta las múltiples lecturas, pues cada objeto puede ser reinterpretado infinitamente en el contexto y en la diversidad de los otros. En cambio, si decide incluir objetos valorados como únicos y destacados por pertenecer a las figuras prominentes, entonces el archivo promueve una forma de entender la arquitectura más cercana a la historia del arte.

En apariencia, la idea esencial de un archivo no ha cambiado mucho desde hace siglos, sin embargo, en realidad ha evolucionado rápidamente en los últimos años. Las nuevas tecnologías han modificado sustancialmente lo que se entiende por un archivo y han permitido ubicar más rápidamente la información y acceder a ella sin tantas trabas, incluso remotamente, gracias al acceso abierto. Aun al visitar físicamente

los archivos, los teléfonos celulares nos permiten una forma rápida y práctica de tomar notas, en tanto que las apps de traducción nos permiten transcribir y comprender una correspondencia en otro idioma. Las acciones que antes tomaban mucho tiempo, ahora pueden realizarse de forma casi instantánea.

En estos meses de pandemia, en los que muchas de nuestras experiencias se han trastocado en digitales, hemos podido constatar como nuestros dispositivos llegan fácilmente al límite de su capacidad. El guardar todos y cada uno de nuestros rastros digitales se ha convertido en una acción fundamental para la vida cotidiana; editar, seleccionar o borrar estos rastros nos parece sumamente complicado. Todos compartimos un deseo irrefrenable por archivar y coleccionar todo lo que vivimos, todo lo que hacemos, el mundo entero. Sin embargo, no se puede archivar la realidad completa, forzosamente se debe “editar” el contenido de los archivos, por más democrático que se pretenda ser.

En cuanto al pasado inmediato, resulta sorprendente la poca atención que prestamos a los archivos digitales. Desde los años noventa, los arquitectos usan archivos electrónicos para todo el proceso creativo; ante nuestra indiferencia, muchos de ellos se han perdido para siempre en hardwares obsoletos y dispositivos de almacenamiento antiguos que han sido tirados a la basura. Cabe preguntarse si la magia del descubrimiento en el archivo puede darse en la pantalla, si será posible sustituir la exploración y la experiencia de primera mano, si lo que perdemos en la era de los buscadores digitales serán los descubrimientos accidentales en las bibliotecas y en los acervos documentales, además del olor y la textura de los dibujos a mano o de los libros antiguos. Si de verdad llegará el momento en el que el culto al original y a lo auténtico se haya terminado para siempre.

Cristina López Uribe